



FIDES



Santa Teresa de Jesús

Tres Cantos

FIDES

**JÓVENES DE SANTA TERESA DE JESÚS
DE TRES CANTOS**

ARCHIDIÓCESIS DE MADRID
(7 DE NOVIEMBRE DE 2021)

INTRODUCCIÓN

Fe es una palabra que todos creemos poseer pero que pocos sabemos comprender. ¿Qué es la fe? Es una pregunta que quizá alguna vez nos han hecho. La respuesta más extendidas (no comprendo bien el porqué) es que la *fe* es *creer en lo que no ves*. ¿Seguro?

La RAE define la fe como el *conjunto de creencias de una religión*. Pero, en sentido propio, eso sería la doctrina de la fe, pero no es la fe. Otra acepción refiere a la *confianza* que se tiene en alguien. Pero, esa no puede ser la definición que buscamos, puesto que bien sabemos -por desgracia- que podemos tener fe y no acabar de fiarnos del todo de Dios. Como novena acepción, por fin encontramos algo que se acerca más a nuestra concepción: *En el cristianismo, virtud teologal que consiste en el asentimiento a la revelación de Dios*.

Si atendemos a la definición del Catecismo de la Iglesia Católica, encontramos en el número 26 que *la fe es la respuesta del hombre a Dios que se revela y se entrega a él, dando al mismo tiempo una luz sobreabundante al hombre que busca el sentido último de su vida*.

Intentaremos desglosar un poco esto para comprender qué es la fe, y que este don depende en gran medida de la capacidad que tenemos nosotros mismos de responder y asentir al gran don que encontramos en el Evangelio.

EL DESEO Y EL OLVIDO DE DIOS

Nosotros afirmamos que todos, en cualquier lugar del mundo, a cualquier edad, procedente de cualquier cultura y circunstancia, tenemos un deseo de Dios que nos lleva a buscarle de múltiples maneras: oraciones, sacrificios, cultos, meditaciones, mindfulness... Creemos, además, que este deseo está inscrito por Dios en nuestros corazones. Por eso no podemos evitar, aunque sea inconscientemente, buscarle sin cesar, puesto que hemos nacido de Él, y, por lo tanto, tendemos a Él.

Pero esta tendencia puede ser olvidada, desconocida o rechazada: nos escandaliza la existencia del mal, y por eso rechazamos que pueda haber un Dios que haya creado tales cosas; nos resulta más fácil vivir siendo indiferentes a lo religioso, porque parece que nos complica menos la vida; nos entretenemos demasiado en la vida a ras de suelo, y eso nos impide levantar los ojos al cielo; nos chirría el mal ejemplo de algunos creyentes, que no hacen lo que dicen o que se dan demasiados golpes de pecho para vivir luego en la hipocresía más absoluta; la mala fama de ser creyente en el mundo de hoy condiciona una decisión libre de reconocerse públicamente como creyente. Lo que pocos saben es que todo eso, en el fondo, es la primera consecuencia del pecado: Adán y Eva, tras pecar, decidieron esconderse de Dios para no responder a su llamada.

YO NO TE OLVIDARÉ

¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré (Is 49, 15). Lo más sorprendente que conocemos de Dios es que, por mucho que el hombre se empeñe en olvidarle, Él no puede dejar de llamarnos para darnos vida.

Dios ha querido, por una decisión enteramente libre, darnos a conocer su rostro. Él quiere comunicar su propia vida a los hombres para hacernos sus hijos adoptivos. Él quiere hacernos capaces de responderle, de conocerle y de amarle. Pero Él, en su paciencia y ternura, sabe que no podríamos asumir todo su ser de golpe, por eso usa con nosotros una pedagogía que nos acompaña en el devenir de los siglos: se trata de lo que conocemos como *Historia de la Salvación*. Dios creador pactó una alianza con Noé, eligió a Abraham, nos sacó de la esclavitud de Egipto, nos guió hasta la tierra prometida, y nos envió a su propio Hijo para hacerlo en todo semejante a nosotros, menos en el pecado.

A lo largo de toda la historia vemos cómo Dios, por muy infiel que haya sido Israel, no ha sido nunca capaz de olvidarse de él y siempre ha encontrado la rendija por la que colarse para inundarnos con su luz. Por eso, debemos comprender que eso mismo hace con nosotros y con todos los que le buscan con sincero corazón.

UNA RESPUESTA NECESARIA

Lo que quizá queda más claro al conocer la historia de la salvación es que Dios habla a los hombres como amigos y quiso habitar entre nosotros para invitarnos a relacionarnos con él y recibirnos en su compañía. Este atrevimiento es una invitación que reclama una respuesta. Ese es el asentimiento del que habla el catecismo. No sería sensato dejar a Dios en visto. Ante su salida a nuestro encuentro se hace necesaria una respuesta. Y esta respuesta es la obediencia de la fe.

La palabra obediencia nos puede sonar demasiado fuerte. Pero una auténtica obediencia es siempre libre. Lo contrario no sería obediencia sino obligatoriedad. Y la respuesta de la fe no es obligatoria. Como todo lo que nos propone Dios, siempre es libre.

Abraham, libremente, respondió a Dios dejando su tierra para ponerse en camino a un lugar que desconocía. Jacob, libremente, decidió luchar contra Dios, y perdió. José, libremente, perdonó a los hermanos que le vendieron. Moisés, libremente, confió en una zarza que ardía sin consumirse para liberar a su pueblo de la esclavitud. María, libremente, permitió que se hiciese carne en su seno el Verbo eterno de Dios.

Podríamos repasar la Biblia entera. En el fondo, sólo encontraríamos un modelo tras otro de cómo la fe, en realidad, es una respuesta necesaria y libre.

UN DON PARA LA RAZÓN

La fe es un don que Dios nos da. Pero si solo decimos eso, sería muy injusto que a unos se la repartiera y otros no, como si de un caprichoso sorteo se tratara. Sería injusto que Dios nos crease, infundiese en nosotros un deseo, y luego nos impidiese poder alcanzarlos. Este don es universal: Dios se lo da a todos los hombres. Por lo tanto, la fe es un don para nosotros. Un don que se no regala. Un don y una gracia. Y esta gracia es necesaria para poder dar la respuesta de fe.

Pero el don de la fe requiere hacer un acto consciente, razonable y libre. Nadie puede creer por nosotros: es necesario responder. Pero esta respuesta no puede estar alejada de nuestra razón. La fe no es la respuesta a aquellas cuestiones que nuestra razón no alcanza a comprender. La fe es la respuesta más razonable a nuestras exigencias más profundas. Por lo tanto, la razón y la fe no se contraponen. La razón y la fe tampoco se complementan. La razón y la fe cooperan para encontrar juntas la verdad, la bondad y la belleza. Quien sólo confía en la razón acaba frustrándose al no hallar las respuestas últimas. Quien rechaza la razón para basarlo todo en la fe acaba frustrándose porque ha arrancado un parte fundamental de su humanidad. De este modo, quien pone en diálogo su fe y su razón podrá ver cómo la fe ilumina la razón y la razón explica la fe.

CONCLUSIÓN

Si hemos comprendido bien el concepto de fe como nos lo enseña la Iglesia, sabremos entonces que este don que Dios nos ha dado no nos lo podemos inventar, tampoco lo podemos adaptar a nuestra comodidad. O lo aceptas o lo rechazas. Pero una vez que te haces consciente de tu responsabilidad de dar una respuesta, no puedes no darla.

Pero el asentimiento que damos como respuesta al don de la fe no es un título que enmarcamos y dejamos en nuestra vida. Este asentimiento nos reclama darlo todos los días, en todas las circunstancias. Tan dramático es para Dios ver cómo algunos posponen la respuesta o se esconden de su llamada, como ver la forma en la que algunos que decían creer se van olvidando poco a poco de dar un sí constante, cada día de nuestra vida. Él, que no puede olvidarnos, no cesará de llamarnos. Nosotros, por nuestra parte, debemos responderle una y otra vez: *Creo, Señor, pero ayuda a mi falta de fe.* (Mc 9, 24)

RECONOCER

❖ Para poder reconocer en el tema de hoy, podríamos pensar en el día o momento en el que pasamos de tener una fe heredada o costumbrista a una fe consciente. Pensar en el día en el que tomé conciencia de que la fe me pedía que diese yo en primera persona una respuesta a Dios.

❖ También podemos tener experiencia de ver cómo la fe ha quedado olvidada en un periodo de mi vida, aún cuando el deseo estaba vivo en mí y buscábamos la felicidad y la libertad en cosas que no me la daban. Así, podemos compartir cómo la fe ha revelado en mi vida la verdadera felicidad y libertad.

❖ Otra posibilidad es compartir cómo algunos de nuestros amigos o familiares han rechazado la fe o no saben cómo buscarla. ¿Cómo me relaciono con ellos? ¿Puedo compartir libremente cómo entiendo yo la vida? ¿Me preguntan sobre mi fe para iluminar la realidad que compartimos?

❖ Por último, también podemos compartir cómo la fe ha iluminado mi razón: las cosas que pensaba han ido cobrando una nueva dimensión, lo que tenía muy seguro de repente se tambalea cuando deo que entre la fe, he tenido que cambiar de opinión en algunas cosas porque la fe me ha hecho verlas de otra forma...

INTERPRETAR

SAGRADA ESCRITURA

- ❖ **Marcos 9, 14-27:** Aumenta mi fe
- ❖ **Lucas 1, 26-38:** Nada es imposible para Dios
- ❖ **Lucas 1, 39-45:** Bienaventurada la que ha creído
- ❖ **2Timoteo 1, 6-18:** Sé de quién me he fiado
- ❖ **Hebreos 11, 1- 12, 2:** Por la fe
- ❖ **1Juan 3, 1-2:** Todavía no se manifiesta
- ❖ **2Corintios 5, 6-11:** Caminamos en fe

MAGISTERIO DE LA IGLESIA

- ❖ **Dei Verbum 2:** La revelación
- ❖ **Dei Verbum 5:** La obediencia de la fe
- ❖ **Catecismo de la Iglesia 27-49:** Capaces de Dios
- ❖ **Catecismo de la Iglesia 51-73:** La Revelación
- ❖ **Catecismo de la Iglesia 144-165:** La fe
- ❖ **Benedicto XVI, Deus Caritas Est 1:** Hemos creído
- ❖ **Juan Pablo II, Fides et Ratio 13:** Razón y misterio
- ❖ **Francisco, Lumen Fidei 2-4:** La luz de la fe
- ❖ **Francisco, Lumen Fidei 23-25:** Fe y verdad
- ❖ **Francisco, Lumen Fidei 26-28:** Amor y verdad
- ❖ **Francisco, Lumen Fidei 32-34:** Fe y razón

ELEGIR

Si tú compromiso personal es tener más fe mal empezamos. Quizá, más bien, tendríamos que proponernos fortalecer, aumentar o cimentar nuestra fe. Un buen compromiso podría ser leerte la encíclica de San Juan Pablo II *Fides et Ratio* o la de Francisco *Lumen Fidei*, o profundizar en algunos artículos del Catecismo de la Iglesia Católica o cualquier otro libro o documento que te ayude a profundizar en nuestra fe y a convertirla en algo razonable.

Una antigua tradición que quizá también podríamos asumir personalmente es que en la Eucaristía, en el momento de la Consagración, cuando el sacerdote muestra en silencio el Cuerpo y la Sangre de Cristo (a esto se le llama “ostensión”) puedes orar desde tu corazón diciendo *Creo, Señor, pero aumenta mi fe*.

Por otro lado, como compromiso de grupo, podríamos mostrar de alguna forma lo que hemos visto en este tema: alguna campaña en redes sociales, algún momento de formación propuesto para toda la parroquia...